

CON LOS OJOS DE LA ARQUITECTURA Y LA MEMORIA

LOBBY nr.48 Mar-Abril 2013, Por Ignacio Mallol, arquitecto.

La arquitectura es una idea que busca su expresión y pugna por materializarse. Puede venir del pasado, estar suspendida en el tiempo, surgir de un sueño o haber sido evocada por la más sorprendente e inesperada señal. Un simple guiño, quizás, y pasa de ser posible a realizable. Su gran mundo, son las ciudades, ellas reúnen el poder de la transformación y permanencia, el paso del tiempo que intentamos medir también en obras para la eternidad humana.

Desde un inicio existe la sorpresa, aventura, un itinerario desconocido, que es el valor agregado de una profesión que desafía al trabajo en serie. El diseño siempre ha sido una respuesta para disfrutar no sólo lo nuevo, la innovación en sí, sino el fruto de una obra y el reflejo real de su belleza. Detrás de un diseño hay más que una solución y una buena dosis de sentido común, su creatividad también está en la historia, en la empatía con el lugar y en la armonización de los distintos elementos que lo componen como si de una sinfonía se tratase. El escenario que recorre un arquitecto a lo largo de su vida es un gran mapa y su intención no es otra que transformar, hacer posible la vida urbana e integrar el gran rompecabezas de la ciudad con sus múltiples piezas.

El lugar, donde nace y cobra fuerza un proyecto, es uno de los mayores cómplices en el viaje que realiza la memoria porque la arquitectura es vida que reúne el tiempo pasado, presente y futuro. La ciudad, el gran proyecto social humano, solo es posible en la comunidad de compromisos y demandas que se articulan en este vasto tejido que es la compleja y cambiante sociedad urbana.

El espacio siempre es único e irrepetible. No solo forma parte del paisaje. A los ojos de un arquitecto está en función de algo nuevo y especialmente con la proyección y objetivo de ser habitado. Sin esta materia prima, donde se reafirma nuestra propia existencia, no podría existir la arquitectura. Recuerdo que Van Nash, gran amigo y compañero de viajes y aventura, me hizo este comentario un verano en que todas las ciudades visitadas nos dejaban alguna enseñanza por su pasado clásico, nostálgico, irrepetible, aleccionador. Y su presente eterno, digo hoy, es el placer real del cual participamos con todos nuestros sueños y vocación. A él nos debemos, porque nos corresponde construir también parte de la futura memoria.

Es con mucha frecuencia que los arquitectos solemos dialogar con el sitio, un ejercicio que nos permite plantearnos las dudas y respuestas, porque el lugar nos habla a su manera y a pesar que siempre está allí, uno sabe que tiene un destino para dignificarlo junto a un entorno que también se enriquecerá. Lo extraordinario es la capacidad de renovación de las ciudades, como un órgano vivo en continuo cambio, innovación que responde a estos nuevos códigos que los tiempos exigen para resolver los numerosos desafíos. Como testigos privilegiados, de excepción, en Panamá somos protagonistas de los profundos cambios de la piel urbana, que tienen sus calles ante nuestros ojos, podemos apreciar y comprobar que nada es inmutable y menos en arquitectura.

El arquitecto, me ha dicho en ocasiones Van Nash, debe transformar el lugar incorporando elementos que lo enriquezcan, innovar en el límite de lo posible, función y belleza. Los proyectos tienen fachada, vista, una espalda propia y su secreto consiste en que quienes ocupen la obra, se sientan interpretados en la pasión de vivir los espacios como únicos, irrepetibles por lo personal, funcionales y estéticamente amables. La arquitectura que realizamos es un corto paso en el tiempo, me comenta, al regresar de uno de sus viajes por ciudades, cuya historia pareciera fotografiada en la memoria de sus visitantes e imaginada por generaciones que no aspiraban competir con el futuro, sino disfrutar de un espléndido presente.

Las ciudades se reescriben más allá de sus fachadas, digo, y no es un espejo que nos vaya repetir una y otra vez una misma imagen de Nueva York, Barcelona, Milano, ni de aquellas catedrales que recorren desde el Medioevo Europa. Van Nash, que ha viajado como una sombra por estas y otras ciudades, asiente con la cabeza, y con la pedagogía del viajero experimentado reafirma que las ciudades sin proponérselo forman y construyen arquitectos sólo dejándose ver y soñar, descubren sus texturas, calles, sitios que nos volverán a remitir a sus olores, secretos, a la belleza que retratan ante nuestros ojos. Los grandes espacios vacíos, todo aquello por construir, esos volúmenes invisibles, nos hablan de una arquitectura por venir.

Recuerdo cuando Van Nash me enviaba sus dibujos y apreciaciones, trazos de las ciudades como veleros en un mar de cemento y jardines, con sus notas al pie de página o al margen, edificios icónicos, detalles inspiradores de atmósferas, gente que vive el espacio público, ese referente que otorga una personalidad indiscutible a una ciudad viva, vibrante por la naturaleza de sus espacios. Lo primero que veo y me hace tomar el pulso a una ciudad, son sus calles, le digo, donde la gente se encuentra, en los espacios vibrantes comunes a todos, ahí está la expresión más elocuente del diseño que la gente disfruta y vive.

El diseño, requiere necesariamente ser plasmado, no basta con decirlo, señalarlo, hay que hacerlo, esa es su única interpretación válida, sentir su enorme y sutil presencia.